



Manuel Reyes
Académico Facultad de Ingeniería UNAB

El giro geopolítico de Chile: entre el capital de Washington y el mercado de Beijing

La reciente firma del entendimiento sobre minerales estratégicos entre el gobierno de José Antonio Kast y EE. UU. no es un trámite técnico, sino una señal geoeconómica de alto impacto. En un escenario de competencia por la hegemonía tecnológica, Chile se formaliza dentro del friend-shoring impulsado por la Casa Blanca, una estrategia que busca asegurar suministros críticos en manos de aliados predecibles. Esta maniobra evidencia la dualidad estructural de nuestra economía: China es el principal comprador, pero EE. UU. es el principal controlador del capital y la tecnología. En este tablero, el cobre y el litio siguen siendo los pilares, pero bajo una nueva óptica de seguridad nacional. Chile no solo vende un commodity; provee el metal conductor de la transición energética. Sin embargo, el litio es el que personifica la tensión actual. Aunque

el país posee las mayores reservas mundiales en sus salares, la discusión no es solo cuánto extraemos, sino quién controla la refinación. El acuerdo con Washington busca precisamente evitar que el procesamiento de este “oro blanco” quede monopolizado por empresas chinas, desplazando la captura de valor hacia el bloque occidental. Junto a estos gigantes, emergen metales de nicho como el renio y el tungsteno. El renio es el “metal del aire”, un insumo parásito del molibdeno que Chile produce en un 50% global y que es insustituible para las turbinas de aviación de EE. UU. Por su parte, el tungsteno es su hermano mayor en tierra, el rey de la dureza con un punto de fusión de 3.422 °C. Aunque Chile es hoy un gigante dormido en este rubro, informes de 2026 ya identifican recursos por sobre los 3,2 millones de toneladas

en Atacama. Si el renio permite que los jets vuelen, el tungsteno —cuyo precio récord ronda los US\$ 200.000 por tonelada— es el escudo indispensable para blindajes y perforación industrial.

El riesgo de este alineamiento es la pérdida de autonomía. El desplazamiento del cable submarino transpacífico original en favor del proyecto Humboldt —bajo tutela de Google— ejemplifica cómo las prioridades de seguridad de Washington pueden limitar nuestras opciones tecnológicas. El desafío para el gobierno no es solo firmar protocolos, sino evitar que Chile sea un mero enclave extractivo. Sin una estrategia que priorice el procesamiento local, el país corre el riesgo de vender masivamente a China mientras depende patrimonial y estratégicamente de Estados Unidos, cediendo el control sobre los activos que generan su verdadera riqueza.